

## Viaje del tiempo

# LOS RESCATES FINANCIEROS

**Darío Valencia Restrepo**

[www.valenciad.com](http://www.valenciad.com)

Como entre los años 1945 y 1971 no se presentaron crisis financieras en el mundo, con la excepción de una en Brasil en 1962, es bueno preguntarse por la razón para ello si especialmente en las dos últimas décadas observamos la intensidad y frecuencia de las mismas. La respuesta está en la fuerte regulación del sistema financiero establecida en Estados Unidos después de la Gran Depresión, regulación también adoptada por otros países a veces incluso con mayores controles. Con posterioridad a aquel período, se argumentó que la intervención de los gobiernos estaba llevando a ineficiencias en la asignación de recursos y que por lo tanto era necesario propiciar la desregulación y dejar las cosas a las fuerzas del mercado. Campeones de estos dos principios fueron los gobernantes Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Y entonces volvieron las crisis con una frecuencia parecida a la que tuvo lugar con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, ahora agravadas porque no existe la separación entre la tradicional banca comercial y la banca de inversión y, como se verá al mencionar algunas de las principales, caracterizadas por orígenes, soluciones e implicaciones comunes.

El rescate del sistema bancario de México, a raíz de la crisis de 1995, costó 135 mil millones de dólares a los contribuyentes, una cuarta parte del producto interno bruto del país. Dice el Banco Mundial ([www.jornada.unam.mx/2005/09/21/024n1eco.php](http://www.jornada.unam.mx/2005/09/21/024n1eco.php)) que dicho saneamiento financiero “fue puesto como ejemplo de la forma en que grupos de poder se benefician de sus conexiones políticas para trasladar a los más pobres el costo de los beneficios obtenidos al amparo de un sistema donde fallan la regulación y la supervisión”. También se ha dicho que el origen de la crisis bancaria mexicana se remonta a la reforma financiera emprendida desde 1989, cuando se procedió a eliminar las regulaciones existentes sobre las tasas de interés y colocación del crédito, a la privatización acelerada de los bancos y a la apertura del mercado financiero a los flujos de capital extranjero.

En la crisis del sudeste asiático en 1997 confluyeron dos factores: el enorme ingreso de capital extranjero como parte de la globalización y liberación financieras, en un contexto sin regulación del comercio de divisas, el capital y los mercados de deuda; y los derivados que enmascaraban un riesgo que solo se conoce cuando estalla la crisis. Aparecieron numerosos bancos que hacían préstamos arriesgados, con frecuencia destinados a actividades improductivas y especulativas, préstamos posteriormente impagables en muchos casos. La intervención del Fondo Monetario Internacional salvó a los imprudentes bancos de Occidente pero dejó postrados y llenos de deudas a los países de la región, gracias también a que dicho fondo recomendó las consabidas y equivocadas políticas restrictivas del gasto público en momentos de recesión.

El Gobierno de Estados Unidos destinó en los dos años pasados más de un millón de millones de dólares para evitar la quiebra de su sistema financiero. Grandes bancos, empresas financieras y compañías de seguros se beneficiaron de ese rescate, pero los bien conocidos culpables del fracaso siguen campantes sin responder ante los tribunales y en muchos casos se han visto premiados con posterioridad en razón de su

“desempeño”. Por ejemplo, señala Joseph Stiglitz en su libro “Caída libre – Estados Unidos, mercados libres y el hundimiento de la economía mundial” que nueve prestamistas, que en conjunto sufrieron pérdidas cercanas a los 100 mil millones de dólares, recibieron un rescate de 175 mil millones, 33 mil millones de los cuales se destinaron al pago de bonos, en particular para entregar más de un millón por cabeza a aproximadamente cinco mil empleados. No han recibido el mismo tratamiento los millones de estadounidenses que perdieron sus casas por préstamos hipotecarios mal diseñados y refinanciados, con letra menuda para pescar incautos, pero siempre con significativas comisiones para los estimuladores de la burbuja inmobiliaria. Sin olvidar los derivados que embaucaron a medio mundo y que se promovían entre los clientes de las entidades financieras para que luego una entidad como Goldman Sachs (la misma acusada de alterar cifras para esconder la crisis de Grecia) comprara seguros contra el previsible fracaso de aquellos papeles.

Pero lo anterior no es de extrañar si se tienen en cuenta los lazos políticos entre los causantes y los administradores de la crisis, tal como bien lo pone de presente Michael Moore en su documental “Capitalismo: una historia de amor” cuando muestra la “puerta giratoria” que facilita la circulación de personajes entre los dos sectores. Los llamados a regular en Estados Unidos eran enemigos de la regulación y permitieron el crecimiento de bancos “tan grandes que no pueden quebrar”, algo que estos mismos lo sabían y aprovechaban: podrían embarcarse en toda clase de aventuras y especulaciones pues el Gobierno de turno correría a salvarlos en caso de insolvencia.

Decía Noam Chomsky en 1999 que 20 corporaciones trasnacionales, entre las 100 más importantes según la revista Fortune, habían sido rescatadas del colapso total mediante intervención estatal pues cada vez que los negocios están en problemas la recuperación se carga a la cuenta de los ciudadanos. Ahora el mencionado Stiglitz señala que la expansión reciente de la economía mundial no se debió a la sabiduría de los mercados ni a la ausencia de regulación, como creen algunos, sino que estuvo basada en una montaña de deudas propiciadas por los bancos occidentales, cuyas locas políticas de préstamos llevan siempre a su rescate gubernamental, como ha ocurrido en Tailandia, Corea del Sur, Indonesia, México, Brasil, Argentina, Rusia, Estados Unidos... una lista que crece casi sin fin.

Periódico El Mundo  
Medellín, Colombia, 14 de junio de 2010